

Los guardianes del estilo

ALBERTO MANGUEL
FRAGMENTO

En 1968 el escritor canadiense Timothy Findley viajó a Nueva York para trabajar con su editor norteamericano en las pruebas de su segunda novela, *The Butterfly Plague* (La plaga de la mariposa). Aunque a los editores canadienses aún no les impresionaban los esfuerzos de ese actor convertido en escritor, la ilustre editorial estadounidense Viking había visto en él una notable promesa. El editor a quien fue asignado el libro de Findley era Corlies M. Smith, apodado Cork (Corchol, quien había trabajado

en las cartas de James Joyce. Si bien *La plaga de la mariposa*, crónica de una decadente familia de Hollywood sobre un trasfondo de Alemania nazi, había gustado mucho a Smith, un aspecto de la novela lo tenía insatisfecho: quería saber el "significado" de las mariposas de la historia, e insistió mucho a Findley para que lo aclarara de manera explícita en su texto. Joven, inexperto y temeroso de contrariar a una editorial a la que tanto necesitaba, Findley se sometió a la sugerencia. Corrigió la novela para explicar el sentido de las mariposas y la novela apareció, bajo ese sello.

Lo más extraordinario de esta anécdota es que a la mayoría de los lectores norteamericanos no les parecerá nada extraordinaria. Hasta el narrador más inexperto sabe que, si quiere publicar un manuscrito, éste deberá pasar por las manos de unos profesionales —conocidos como "editores", a quienes las editoriales emplean para leer los libros ofrecidos y recomendar cambios. (...)

Dada la notoria cautela con que se refieren a su oficio, los escritores rehúyen hablar de esta ayuda obligatoria salvo en términos generales, o bien hablan de ella sólo en privado. En la literatura contemporánea abundan tanto los ejemplos de rechazo como los de recuperación, pero los escritores prefieren mantener estas intervenciones en secreto, y hacen bien. Al fin y al cabo, una obra narrativa pertenece al autor y así debe verse. El escritor (y los editores concuerdan en ello) no tiene por qué hacer públicos los remiendos y costuras que dejó la colaboración. (...)

El reconocimiento de la profesión de editor no es tan antiguo ni difundido como podría suponer el público anglosajón. En el resto del mundo su papel es prácticamente desconocido: incluso en Inglaterra apareció casi dos siglos y medio después de la introducción de la imprenta. La primera mención que el *Oxford English Dictionary* hizo de editor como "aquel que prepara la obra literaria de otro" data de

¿Es el editor un recreador o un profanador de textos? Sobre este viejo debate reflexiona Alberto Manguel en su libro *«En el bosque del espejo»* (Norma), una de las novedades de esta feria.



ALBERTO MANGUEL.— Es autor además del documentado ensayo «Una historia de la lectura» (1998).

1712; pero Joseph Addison, en su periódico «The Spectator», ya se refería así a quien trabajaba sobre materiales que el autor hubiera dejado incompletos. El "editor", entendido como "persona que trabaja con el autor en el arreglo de una obra de ficción", no apareció en la historia hasta mucho después, con las primeras décadas del siglo XX. Antes sólo se encuentran alusiones dispersas al consejo editorial: las sugerencias de Erasmo a Tomás Moro sobre su *Utopía*; Charles Dickens como editor de la revista «Household Words», haciendo a Wilkie Collins observaciones sobre un cuento, y algunas pocas más.

Para encontrar a un editor en el pleno sentido contemporáneo hay que esperar a los años veinte, cuando en Nueva York surgió una figura

que se haría legendaria: Maxwell Perkins, editor de Scott Fitzgerald, Ernest Hemingway, Erskine Caldwell y Thomas Wolfe. Todas las versiones coinciden en que Perkins era generoso, siempre ansioso de respetar lo que consideraba las intenciones del autor —aunque

un santo patrono. (Algunos dicen que el santo patrono de los editores debería ser el ladrón griego Prociasto, que ponía a los visitantes en un lecho de hierro y los entizaba o rebanaba hasta que dieran la talla del lecho).

Para el lector común, la tarea precisa de un editor

canadiense, intenta elucidar la cuestión de este modo: "Los editores tienen varias funciones, que varían en número según el tamaño y complejidad de la editorial. Pueden comprar derechos para publicar libros que se proyecten, vender derechos subsidiarios, desarrollar planes de promoción y comercialización, escribir solapas o contracubiertas... supervisar la producción y leer pruebas. Y, por supuesto, editar". Esto no es de mucha ayuda. Fuera de las áreas especializadas como las del libro técnico, de texto o las revistas, ¿qué hace exactamente un editor cuando dice que está "editando"?

Al menos una parte de la tarea, a veces realizada por un "revisor de originales", consiste en corroborar datos, supervisar la ortografía y la sintaxis, de acuerdo con las normas oficiales, y hacer preguntas de sentido común: "¿Se ha dado cuenta de que en la página 21 el personaje tiene quince años y en la 34 tiene dieciocho?" Gane lo que gane, probablemente nunca será suficiente para pagar el inabarcable e ingrato proceso de revisión.

No obstante, por necesario que sea, este aspecto cotidiano de la edición puede ser potencialmente pernicioso. Sabiendo que un editor va a inspeccionar el texto, acaso algún escritor tienda a descuidar la afinación precisa, ya que de todos modos el editor lo afinará según su oído profesional. En la época en que se sometía a los criterios de Perkins, Wolfe se limitaba a dejar en el suelo las páginas sin corregir a medida que avanzaba el manuscrito para que el linotipista compusiera y el editor cortara y pegara. (...)

Así pues, parte aceptada de la tarea del editor es revisar originales. Pero a cierta altura de la historia, probablemente antes de los tiempos de Maxwell Perkins, el editor sortea la brecha entre el examen de la ortografía y el examen del contenido y empezó a cuestionar el sentido de las mariposas. Subrepticamente, pasó a ser responsabilidad del editor el contenido de la obra.

El editor propiamente tal apareció en las primeras décadas del siglo XX; Maxwell Perkins fue uno de ellos.

su impulso samaritano nos ha impedido saber cómo eran los manuscritos de Thomas Wolfe antes de que él les diera forma publicable—. Con Perkins, los editores obtuvieron respeto y

constituye un misterio. En un folletito firmado por varias manos, *Autor & Editor: a Working Guide* (Autor y editor: manual de trabajo, 1983), Rick Archbold, un destacado editor free lance

El libro que impacta a los chilenos [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El libro que impacta a los chilenos [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile